

*Yo no me complazco de la muerte del impío,
pero que se arrepienta de sus maldades y viva*

Homilía 4 de marzo de 2017

Ez 33,11

p. G. Papparone o.p.

Hemos escuchado tantas veces esta extraordinaria enseñanza que califica y especifica el contenido esencial de nuestra fe. O sea, que Jesús ha venido para salvar a los pecadores y ha muerto por ellos de modo que cada uno pueda ser librado de su maldad.

No logramos nunca suficientemente reflexionar e interiorizar esta bellísima verdad: cuando somos débiles, cuando nos reprobamos, cuando nos sentimos aplastados, cuando nosotros mismos nos condenamos y nos compadecemos sin saber qué más hacer, pues bien, es en ese preciso momento que Dios nos ofrece su protección, se compadece de nosotros y quiere librarnos de esa situación de dolorosa indigencia.

Una verdad aún más bella nos la recuerda hoy este versículo introductor de las Sagradas Escrituras: el Señor quiere librarnos de la maldad y del pecado **para que vivamos**.

Demasiado poco meditamos sobre el hecho que una vida verdadera, más llena, con mayor significado nos espera más allá del pecado, en el momento del encuentro con el Señor. Ciertamente es que nosotros vivimos y conocemos la fatiga de nuestro vivir, que a veces puede ser bello, pero cuyo peso sentimos a menudo.

Jesús habla de una vida **verdadera** y llena que **El ha venido a entregarnos**.

Por lo tanto para el creyente la finalidad no es observar los mandamientos, ser justos, ser agradables a Dios: estos son solamente los instrumentos, los medios para recibir esa vida.

La finalidad de la vida cristiana es vivir una vida verdadera.

Vivir en la plenitud de la vida. De esa vida que brota de Jesús, de la cual El es la fuente, el donador, el realizador.

Demos gracias pues al Señor por este extraordinario don!

Una vez más alabemos y rindamos gracias y avancemos en nuestro recorrido si estamos ya en camino; convirtámonos y caminemos si estamos aún parados.

Sea alabado Jesucristo.